

Carta pastoral

de

Mon. Bernardo GENOUD,

**obispo de la diócesis de
Lausana, Ginebra y Friburgo**

3º domingo de cuaresma: 13-14 de marzo de 2004

Proponer la fe: es ofrecer al mundo el regalo de la esperanza

Queridos hermanos y hermanas de camino hacia la Pascua,

Hoy querría sencillamente encontraros en cada una de las iglesias y capillas de nuestra diócesis, dondequiera que os halléis, para orar y meditar con vosotros la sorprendente y firme esperanza cristiana que se desprende del Evangelio que acabamos de leer. Es esencial indicar de entrada que, en esta parábola, el propietario de la viña y la higuera no representa en absoluto a Dios. En cambio, el criado, lleno de paciencia y de esperanza, simboliza a Jesús y a todos los que trabajan en la viña y la aman como él.

En efecto, Jesús nos ha ofrecido su Espíritu Santo, que arranca de nuestros corazones “gemidos inefables”, y clama a Dios “Abba – Padre”. Este mismo Espíritu que trabaja la tierra, a veces árida, de nuestros corazones, quiere salvar la higuera de la humanidad frente a la intransigencia y el egoísmo de un propietario (aquí se podría hablar de los Estados totalitarios o del ultraliberalismo), que busca sólo el rendimiento, el beneficio y el provecho.

Está bien claro. Esta parábola, de increíble actualidad, denuncia una civilización de la muerte, que sólo ve en el hombre una máquina de producción y lo empuja a consumir más cada día, para que así pueda seguir produciendo cada vez más... Es la espiral infernal que horroriza a nuestros contemporáneos y arroja al paro laboral y la miseria a tantos hombres y mujeres que se sienten lesionados en su dignidad, porque se los declara inútiles, superfluos o incluso parásitos.

Sí, el evangelio de hoy se dirige a nosotros con una conmovedora actualidad. Basta encender la radio o la televisión, o abrir el periódico para darnos cuenta de ello. Pensemos, por ejemplo, en la guerra de Irak o en el alarmante crecimiento de los fundamentalismos, de derecha o izquierda. Los peores de ellos son auténticas blasfemias contra el sentimiento religioso, al que secuestran desfigurándolo en bombas de intolerancia. Cada día nos presenta su lote de miserias, dentro y fuera de nuestro país: epidemias, caídas de aviones, quiebras económicas a cual más

indecentes, atentados casi diarios en Oriente próximo o a nuestras puertas. La inquietud de nuestros mayores ante el retiro; la angustia de los parados; la marginación de los minusválidos y los enfermos del SIDA; sin olvidar la situación cada vez más precaria de los “sin papeles” y de los que mendigan la caridad de nuestro asilo.

Tampoco podemos ignorar una cierto desencanto y desesperanza de nuestra juventud, la cual para exorcizar su malestar, se desahoga en violencia escolar, en vandalismos ciegos... Sí, malestar y fragilidad de una juventud, cuyos elementos más sensibles no soportan la confrontación con un mundo, que sólo parece ofrecerle problemas, y que, cada día menos capaces de transformar lo real, a veces deciden abandonarlo todo.

¡Retrato inquietante, cierto! Pero también interpelación a todos nosotros: los cristianos de esta diócesis y los creyentes de todo el planeta. En efecto, nuestra fe no debería tolerar que un solo hombre, una sola mujer o un solo niño se hunda y mantenga en un estado inhumano. ¡Está en juego el honor de Dios! Y nuestro compromiso en el combate es el criterio de la autenticidad de nuestra Fe. ¿Cómo es posible que nuestros contemporáneos no oigan a Dios gritarles: “Te quiero”? ¿Cómo no perciben en su propio corazón la fuente viva del Espíritu que les susurra: “Ven hacia el Padre”? Quizás porque a nosotros, los cristianos, nos falta audacia y perseverancia como testigos... Y, sin embargo, nuestro pobre mundo tiene tanta necesidad del don supremo que sólo la Iglesia puede ofrecerle: la Esperanza...

Pero nunca es demasiado tarde para hacer el bien. Ahí es donde la cuaresma cobra todo su sentido. Jesús nos dice hoy claramente: ¡frente a la situación actual, la conversión de cada uno de nuestros corazones es el único camino; y el amor es, a la vez, el motor y la meta de los corazones sinceros!

La conversión que la cuaresma nos propone no tiene nada de triste ni afectado. Se trata de volver a tomar conciencia de la sed que habita el corazón de todo hombre, porque Dios mismo la ha sembrado allí. Esa aspiración incoercible hacia una felicidad total, eterna, infinita, que al final colmara nuestro pobre corazón. Este mundo no puede ofrecer sino pálidas caricaturas o sucedáneos de ella. En nuestro bautismo, Dios sopló en las cenizas de este deseo natural (¡pero ay tan apagado!), para convertirlas en un verdadero brasero. En el bautismo Dios cambió nuestra linfa vital; por

nuestras venas ahora corre sangre divina, ya que Dios nos hizo hijos e hijas suyos.

La cuaresma, tiempo de conversión, consiste sencillamente en sumergirnos en el fondo de nuestro corazón, para situarnos así, en algunos momentos de reflexión, en el fondo mismo de nuestro ser de donde manamos de Dios, con el deseo incontenible de volver un día a Él. Nuestra primera conversión será sintonizar nuestro obrar cotidiano con nuestro deseo de la belleza, la verdad, el bien, la justicia, el amor y el perdón. Queridos diocesanos y diocesanas, nosotros los cristianos podemos decir todo esto en una sola palabra: "Dios".

La verdadera conversión, luminosa y dinámica, no es tarea de un día, sino de cada día. Por ello en nuestra diócesis inauguramos una nueva "proposición de la fe". En el vaso frágil de nuestra pobre humanidad, poseemos, aunque por pura gracia, los torrentes del amor salvífico de Dios y la esperanza, que es lo único que puede salvar el mundo.

Evidentemente, si ardemos de una verdad así, quemaremos a los demás. Hallaremos nuevas formas de hacerles conocer a Aquel a quien ama nuestro corazón y que inflama nuestra esperanza.

- Trataremos de hacer a nuestras parroquias cada día más vivas, amantes y acogedoras.
- Movilizaremos nuestras energías más hondas para anunciar a Jesucristo en la catequesis: desde la más tierna infancia hasta las edades más avanzadas de la vida. ¡Nunca es demasiado tarde para amar mejor!
- Empeñaremos todas nuestras fuerzas de amor en la atención a los enfermos, los olvidados, los abandonados a su suerte, los más pobres, que a veces desesperan de sí mismos.
- Crearemos tanto en los barrios urbanos como en las aldeas más apartadas lugares de escucha e intercambio, y grupos de oración.
- Animaremos a las personas a convertirse en vigías de la aurora en su propio medio de vida para leer y anunciar los más humildes candilejas de esperanza.
- Oraremos para que el Señor conceda a su Iglesia las vocaciones que necesita, en la indispensable complementariedad de las llamadas a la vida sacerdotal, religiosa y laical.

- Instituiremos o mantendremos en cada parroquia, al menos una vez por semana, un momento de oración por las intenciones de la diócesis.

He aquí, hermanos y hermanas, algunas pistas, cuyo conjunto constituye el corazón de la “Proposición de la Fe” de la Iglesia, y que el mundo espera para renacer a la Esperanza. Humilde, pero instantemente, os pido asumáis todo esto en vuestra oración, de forma especial en el corazón de la Eucaristía, a la que cada cual de vosotros podría decidir asistir con más frecuencia en este final de cuaresma.

Que María nos llene de la Fe que hizo brotar su Sí en la anunciación; que despierte en nosotros la Esperanza que la llevó a Belén y atice en nosotros el fuego del Amor, que hoy la constituye Reina de la Iglesia y Madre de todos nosotros. ¡Amén!

✠ Bernard Genoud, obispo de la diócesis de Lausana, Ginebra y Friburgo